

Diego Gómez Pickering

CARTAS DE NUEVA YORK

CRÓNICAS DESDE LA TUMBA DEL IMPERIO

taurus

PENSAMIENTO

PRÓLOGO

En su gestión como representante diplomático de México en Nueva York, Diego Gómez Pickering visitó y atesoró rincones, lugares y recuerdos de encuentros.

Con éstos, Gómez Pickering traza un mapa-retrato de esa ciudad. Personas con las que se reunió y departió en ceremonias, momentos, fiestas; la residencia de Bloomberg, la oficina del alcalde en funciones, una celebración en los Hamptons (con Ivanka y Jared Kushner, Spielberg y un mesero salvadoreño al que dedica más tiempo y observación que a los de por sí ya célebres personajes); situaciones (la exhibición del famoso documento Carvajal en la New York Historical Society), movimientos sociales (Se habla español) o visitas a pasajes célebres de la vida neoyorquina (Stonewall) a partir de hechos presentes.

Las crónicas y relatos de Gómez Pickering no son feria de vanidades, desfile de célebres y *namedropping*, sino el viaje de un escritor en funciones diplomáticas —como hicieron tantos escritores mexicanos en el siglo XX—. Sus memorias cruzan por distintas clases y grupos sociales, recorren de la mesa a las instancias del poder, asisten a una cita con el gobernador y se desplazan de observaciones particulares a definiciones del espíritu de la ciudad —o de Estados Unidos— y de la comunidad hispanohablante que habita y ha habitado Nueva York.

Al ansia de reunirse con una ciudad que él adoptó —y por la que se dio por adoptado—, conjunta el espejo y la meditación para visitar lo neoyorquino, en algunas ocasiones con herramienta histórica y en excepciones con la imaginación, como ocurre en el primer relato que recrea una situación verdadera y presente (la pandemia del covid-19) y la escenifica en un rincón

familiar para Gómez Pickering, con un personaje netamente neoyorquino (una mujer entrada en años, sobreviviente del Holocausto).

A caballo, pues, entre la puntualidad real, el ánimo de ensayista y el ser narrador, sobre ese caballo de tres extremidades, el autor figura la cuarta con sus palabras y apuntala un mapa trazado por un peculiar *insider*.

No es fácil abstraer a Nueva York de las imágenes conocidas de clásicos cinematográficos y literarios, de las sucesivas inmortalidades que le han tributado novelistas, pintores, escritores y el cine. Pero, como toda gran ciudad, Nueva York encarna distinta en cada neoyorquino —y Gómez Pickering, en sus propias palabras, se convirtió desde su estancia como cónsul, en “neoyorquino de por vida”.

CARMEN BOULLOSA

2020
Abril

CENTER FOR DISEASE CONTROL
AND PREVENTION
1600 Clifton Road
Atlanta, GA 30333

La muerte toca a la puerta

“¿Quién es?” La nonagenaria de corta estatura, pero enorme personalidad toma su tiempo para acercarse hasta el interfono. El aparato ha de sonar tres veces antes de que, quitándose la arracada de oro, Renate se ponga el auricular al oído y pregunte por la identidad de su interlocutor. “Ah, Tomás, claro; desinféctela, póngala en el ascensor y envíela a mi piso, gracias.” Antes de colocar de vuelta el receptor de color hueso, como las prístinas paredes del pequeño *foyer* del *penthouse*, la elegante anciana hace un ligero movimiento de cabeza de izquierda a derecha, acomodando su exquisitamente peinada melena rubia. Recuerda a Lauren Bacall, en sus mejores años, claro está.

“*This too shall pass!*”, vaticina, estoica, Renate mientras se aposenta en el afelpado sillón de su sala de estar con la caja de cartón rebosante de cruasanes recién horneados, enviados por la panadería *gourmet* dos cuadras al este de su departamento que mira a Central Park y que acaba de retirar del elevador entre humeantes olores a un pasado que estos días se vuelve, en su encierro de lujo, cada vez más presente. Quizá la vieja y acaudalada inmigrante teutona tenga razón. “Esto” también habrá de pasar. Tras vivir los estragos de la Segunda Guerra Mundial; peregrinar por una Europa destruida por la ideología y la política, zozobrando en pobreza; presenciar la llegada de la humanidad a la Luna; rehacer su vida en los Estados Unidos para verla de nuevo desquebrajarse al atropellar de muerte, en un descuido, a su única hija; y sobrevivir hasta llegar a su décima década de vida, en un piso

repleto de piezas dignas de museo colindante con la Quinta Avenida, Renate lleva, tal vez, la razón de por medio. Aunque en una ciudad que no se reconoce a sí misma desde hace días, tan anclada en su pasado como la misma Renate, ese pasado en el que la vida era aún de puertas afuera, de risas, tragos, frenesí, atascos, compromisos, agendas, fiestas, citas, viajes, gritos y ruidos; cuesta trabajo pensar que “esto” ha de pasar. Y si acaso pasa, cómo y cuándo habrá de hacerlo. Porque a los ojos de cualquiera, incluida la misma Renate, esto ya ha durado demasiado; y la muerte, lenta, es la más dolorosa. Así se siente morir en Nueva York.

La solitaria abuela, ahora con tapabocas y guantes, se asoma, temblorosa, a la ventana de su soberbio departamento. Con el resquicio de la mirada puede verse desde ahí el parque emblema de Manhattan, pintado de blanco en plena primavera septentrional. No son los múltiples cerezos en flor, también blancos y rosados, los que atrapan el ojo; son las carpas del recién montado hospital de campaña, docenas de ellas, pesadas, extensas, dolorosas y de un blanco demasiado lúgubre. Un hospital montado por una organización médica de caridad para desfogar las unidades de cuidados intensivos de la ciudad que llevan días sin darse abasto ante la pandemia. Lo han construido de la noche a la mañana, con ayuda de efectivos de la Guardia Nacional, en lo que hasta hace algunos días era aún uno de los descampados más recorridos como espacio de esparcimiento por miles de neoyorquinos. Desde su puesta en funcionamiento, el improvisado nosocomio ha recibido a innumerables pacientes diagnosticados con covid-19. De todos los ingresados hasta ahora, ninguno ha salido vivo. “Yo no seré uno de esos casos”, concluye con el mismo estoicismo de su marcado acento germano la súbitamente avejentada Renate, sin quitar los ojos de la ventana, pero clavando la mirada en otra parte, en otro tiempo, en otra Nueva York. Pues estos son días muy extraños y nada de lo que se vive, se observa, se escucha, se lee, se piensa, se escribe, se imagina o se dice parece real. “Estos” (tiempos), también habrán de pasar. Ojalá.

Son días ya (¿semanas acaso?) que la ciudad que nunca duerme se convirtió, de repente, en una ciudad fantasma. ¿Cómo pasó? ¿En qué momento comenzaron a morir sus calles, sus restaurantes, sus bancos, sus tiendas departamentales, sus barrios de bodegas, sus antros, sus bares, sus icónicos teatros y sus museos? Sus habitantes. ¿En qué instante pasó Nueva York de ser la capital del mundo a ser el epicentro de la epidemia? Nadie puede con-

testarlo con certeza, ¿fue paulatino o fue todo de golpe? Nadie recuerda ni quiere recordar. Nueva York es la que dio vida al virus de la muerte y eso parece ser todo lo que ahora importa. Si es que hay algo que realmente importe entre tanto olor a sangre y a carne descompuesta, entre millones de diminutas partículas líquidas que carcomen cimientos y conciencias. Hoy Nueva York es sólo silencios, plagados de lamentos, preguntas sin ninguna respuesta y plegarias trucas que claman al cielo. El sueño americano transmutado en su peor pesadilla. Nunca, jamás, nadie la ha visto así. La Gran Depresión, los conflictos mundiales, el subibaja de la Guerra Fría, el atroz 11 de septiembre de 2001, los nefarios días tras el paso del huracán Sandy. Nunca, jamás, nadie la debiese ver así. Ni todos sus peores momentos alcanzan para describir la desolación de la que hoy es presa. Nueva York irreconocible, Nueva York que ya no lo es.

Tomás llamó por el interfono a Renate, aunque en esta ocasión no esperó respuesta. Era la ambulancia que llevaban esperando toda la mañana. Los hizo subir inmediatamente. La anciana fue quien ya no bajó. Para Renate, al final “esto” ya pasó. Nueva York, sin embargo, más callada que nunca; muda, sorda, ciega, ¿muerta?, aún no lo pasa.